
EL GRUPO INTERNO¹

Samuel Arbiser**

En este trabajo me propongo desarrollar la noción de “grupo interno”, introducida por E. Pichon Rivière, como modelo de aparato psíquico adscripto a *la perspectiva vincular* del psicoanálisis. Su diseño, como articulador entre la dinámica *intrapersonal* e *interpersonal*, admite armonizar sin forzamientos tanto los abordajes multipersonales como individuales de la clínica de nuestro tiempo; especialmente si se conciben estos últimos abordajes en términos de “diálogo analítico”. Aspira, además, a servir, junto a la noción de ECRO –del mismo autor mencionado– a una concepción pluralista del psicoanálisis, soslayando los cerrados paradigmas excluyentes “de autor”.

Psicoanálisis del vínculo o perspectiva vincular del psicoanálisis

Desde los inicios del desarrollo del psicoanálisis en nuestro medio (Argentina), tuvieron más arraigo las corrientes teóricas afines a las concepciones de las “*relaciones objetales*” (Klein, Fairbairn, Winnicott) que las de la “*psicología del yo*” (Hartmann, Lowenstein, Kriss), centradas en el conflicto impulso-defensa. Es así como, con diversos matices, surgió una masa ponderable de trabajos originales exponentes de aquella línea de pensamiento. De estos trabajos, sin embargo, destacaría y diferenciaría los aportes de Enrique Pichon Rivière, José Bleger y David Liberman por su “*perspectiva vincular*” y su declarada postura a favor de la multidisciplina. En la “*perspectiva vincular*”, la “*elección de objeto*” y la “*relación de objeto*”, inherentes a la teoría pulsional, son relevadas por la “*intersubjetividad*”,

** Psicoanalista, Miembro de APdeBA.



en que *sujeto y objeto son recíprocamente determinados*, desplazándose consecuentemente el acento del “sujeto” a la “relación”². Por lo tanto, en este enfoque el término “vincular” es usado como adjetivo que califica la existencia mutuamente condicionada del sujeto y el objeto como estructura mental. El sustantivo “vínculo” se aplica así tanto a vínculos intrapsíquicos como a vínculos interpersonales y no, como en otros enfoques (ver más adelante los aportes de I. Berenstein y J. Puget) al encuentro concreto con el “otro” en la realidad externa.

La creciente demanda de una práctica multipersonal (grupos, familias y parejas) a los psicoanalistas impulsó la necesidad de teorizar acerca de la correspondencia entre esos abordajes y las premisas del psicoanálisis, cuya práctica usual era individual y de la que emanaban, consecuentemente, las prescripciones teórico-técnicas, o sea, el instrumento indagatorio. Mis propias inquietudes en psicoterapia de grupo (Arbiser, 1973, 1978, 1984) y la revisión de la literatura (Espiro, 1971, 1973) en esa temática, me llevaron al convencimiento de que, como mínimo, se podían computar dos opciones en que los autores intentaban compatibilizar el *objeto de indagación* (en este caso, el grupo terapéutico) con el *instrumento indagatorio*. Una, adaptando en forma forzada el objeto a indagar al dispositivo psicoanalítico clásico, u otra, decidirse a reformular la noción de individuo en beneficio de una visión que lo reintegre en su inserción grupal natural dentro del tejido socio-cultural. En cuanto a la primera opción, en tanto primaban las premisas del psicoanálisis individual, la solución (que considero “adaptación forzada”) consistía en “analizar” en forma “individual” a cada miembro del grupo soslayando las visibles dinámicas surgidas y dependientes del campo grupal, o inversamente, tomar a “todo” el grupo como si fuera un solo “individuo” -“la mente del grupo”- del cual cada miembro era considerado como una “parte” de esa mente. En cambio, la segunda opción implicaba, como se ha dicho, decidirse por una concepción “grupal” del hombre y, por consiguiente del modelo de su configuración psíquica, para hacerlo contrastable con el medio socio-cultural y la especificidad de los conflictos inherentes al psicoanálisis, derivados de la vida del hombre en la cultura. De esta última manera, este enfoque no solo significó una mayor coherencia en los enfoques multipersonales, sino también en el abordaje individual clásico, configurando *la perspectiva vincular* del psicoanálisis desarrollada por Pichon Rivière, Bleger y Liberman.

En la última década, un vigoroso empuje en la temática del vínculo en psicoanálisis vino de la mano de los desarrollos clínicos y teóricos de Berenstein I. y Puget J. (1989 y 1990), sustentados en el “estructuralismo” y en los aportes de los teóricos franceses postlacanianos (Kaës, Aulagnier).

La diferencia entre *psicoanálisis del vínculo* y *perspectiva vincular* no es ociosa. Mientras que el psicoanálisis del vínculo se esmera en diferenciar el vínculo -presencia real del otro, para estos autores- de la relación de objeto -intrasubjetiva-, para la perspectiva vincular, el vínculo es simultáneamente intrapsíquico e

interpersonal e implica, como ya he insistido, un punto de vista abarcativo en la concepción del hombre como postura superadora de los modelos monádicos y diádicos, como puede leerse en la siguiente cita de J. Bleger (1963, pág. 47-8): “...todos los fenómenos humanos son, indefectiblemente, también sociales [...] porque el ser humano es un ser social. *Más aún, la psicología es siempre social, y con ella se puede estudiar también a un individuo tomado como unidad, [...]*” (resaltado mío). Puede discernirse en esta cita una diferenciación entre dos niveles de análisis: por una parte, una definición epistemológica, y por la otra, un abordaje metodológico, en la que el individuo es recortado de su contexto a los efectos de su estudio. En cambio, para los que sostienen el *psicoanálisis del vínculo*, al insistir en diferenciar la relación de objeto del vínculo, producen una categorización más ontológica que metodológica que admitiría, en última instancia, la concepción del “hombre aislado” o el individuo centrado en sí mismo, desvinculado del contexto humano. En esta cuestión controversial vale la pena recordar una cita de Freud (1921, pág.117) fuertemente evocativa de la cita de Bleger: “Tenemos que inferir que la psicología de la masa es la psicología más antigua del ser humano; lo que hemos aislado como psicología individual, dejando de lado todos los restos de la masa, se perfiló más tarde, poco a poco, y por así decir solo parcialmente a partir de la antigua psicología de la masa” (resaltado mío).

Volviendo a Bleger, sin embargo, sería preferible situar al psicoanálisis como “psicología vincular” en tanto no se descarta (como hace Bleger) la pulsión, afirmada en el cuerpo biológico, sino que este cuerpo es necesariamente atravesado, mediante el vínculo objetal temprano, por el medio sociocultural que, a su vez, transforma en forma irreversible ese cuerpo biológico en cuerpo erótico-sociolingüístico como Freud (1893) lo refiere en ese temprano y decisivo artículo en que deslinda en forma magistral el “cuerpo” neurológico del “cuerpo” psicológico.

El psiquismo y sus modelos

La propuesta de grupo interno no pretende descartar los modelos que se fueron desarrollando a partir del primer intento, cuasi-neurológico (Freud, 1950 [895]), en que el fundador del psicoanálisis da cuenta de sus primeros hallazgos. Justamente, a mi entender, los diversos modelos que se propusieron posteriormente –por parte de Freud mismo, como por otros pensadores– atendieron a dar cuenta de los diferentes énfasis a que conducía la creciente diversidad de hallazgos en el campo clínico, y en la evolución misma de la disciplina en el marco de las nuevas herramientas epistemológicas que el pensamiento científico actual fue posibilitando. Por lo tanto, lejos de descartar los modelos vigentes, se intenta integrar en una síntesis los aportes previos en un diseño más funcional que morfológico.

Ante todo, interesaría reconocer que las descripciones del psiquismo son realizadas, a veces, en términos de un aparato “representacional” afín al enfoque



monádico, bidimensional, propio del discurso del neurofisiólogo, y otras, de un aparato “objetual” (personificado) tridimensional, constituido por introyectos indentificatorios, más propio de la “dramática” en el sentido de G. Politzer (Bleger, J., 1967). Ambos no se contraponen sino que se complementan. A grandes rasgos, la primera tópica freudiana postula un aparato visiblemente representacional: “huellas mnémicas”, “representación de cosa”, “representación de palabra”, “carga móvil”, “carga ligada”, girando sobre el concepto fundante de la “represión” como interfase tópico-dinámica. La segunda tópica, en cambio, comparte ambos aspectos: por un lado el *yo* se configura como estructura “representacional” a través de su núcleo, el “sistema perceptivo-conciente” (P.Cc.), por el cual se organiza sobre la base de las percepciones del mundo circundante; pero por el otro, sus rasgos caracterológicos se desprenden del resultado identificatorio de las elecciones de objeto abandonadas: es decir, se trataría, en consecuencia de un aparato “objetual”. Más aun, el *yo* así personificado, se vincula en el *interior del psiquismo* con el *superyó* en tanto heredero de las elecciones de objeto más significativas del florecimiento sexual infantil que debieron ser resignadas, configurando una *genuina relación de objeto intrapsíquica* tal como Freud (1921, cap. XI) describe la relación del *yo* con el *ideal del yo*.

Correlativamente, el énfasis sobre la represión y el consecuente clivaje entre el preconciente y el inconciente fue también evolucionando. Cuando el estudio de las “psiconeurosis” y la “represión” de la sexualidad constituían el eje de la investigación psicoanalítica y el objetivo terapéutico se limitaba a reconstituir la continuidad psíquica, recuperando los recuerdos y llenando las lagunas “mnémicas”, la primera tópica cumplía eficazmente su cometido explicativo. El operador psicoanalítico requería solo de la habilidad necesaria para reintegrar en la conciencia a partir de los “síntomas”, “sueños” y “actos fallidos”, los “recuerdos reprimidos”, deshaciendo las “condensaciones”, “desplazamientos, traduciendo el lenguaje de los “símbolos” y atendiendo “al cuidado por la figurabilidad” por la vía de una irrestricta credulidad en el “determinismo asociativo”. Pero el descubrimiento de la “transferencia” introduce la noción de la “relación interpersonal”, y por consiguiente, del compromiso personal, en el lugar central del paradigma, que en otros autores se irá afirmando más y más, y ulteriormente repercutiría en la visión del psiquismo. De todos modos, en el nivel de la representación, la diferenciación inconciente-preconciente-conciente y sus respectivos regímenes de procesamiento y dinámica de su funcionamiento se mantendrá incólume, en lo esencial, a lo largo de la obra freudiana, pese a sus diversos reordenamientos; especialmente cuando se entrama con la segunda tópica: el *yo*, el *ello* y el *superyó*.

En cambio el paradigma kleiniano, en contraste con el freudiano, se centra en forma preponderante en el desarrollo psíquico temprano previo al Edipo de los tres a cinco años. El término “inconciente”, pese a su insistente utilización, se torna más descriptivo y pierde su solidaria relación con la “represión”. Correlativo a una

psicología de relaciones de objeto que se dan desde el nacimiento, en este paradigma, el aparato psíquico es francamente objetual y la *identificación* adquiere un papel preponderante y constitutivo, enriquecido en sus matices: "*identificación proyectiva*" e "*identificación introyectiva*". En este psiquismo los objetos internos se despliegan en una intensa vida psíquica determinando marcadamente las relaciones de objeto externas; y estas últimas, a su vez, modulando las ansiedades que regulan las dinámicas de los objetos internos.

Bion profundiza el modelo kleiniano del desarrollo psíquico temprano y desplaza (sin eliminarlo) el acento del clivaje del psiquismo desde lo conciente-inconciente al de *personalidad psicótica* y *personalidad neurótica*. Con los aportes de este autor acerca de la función alfa, los elementos alfa, la barrera de contacto, los elementos beta, se configura un novedoso instrumental –de innegable utilidad en la patología grave– para conceptualizar las diversas posibilidades de procesamiento de la experiencia sensorial y emocional "bruta" por parte del psiquismo y los tipos de representación resultantes de tal procesamiento. De esta manera la personalidad neurótica permite una transformación de esas experiencias en material psíquico utilizable en sueños y pensamientos, inherente a un aparato psíquico con un clivaje preconciente-inconciente adecuado. En cambio en la personalidad psicótica tales experiencias se mantienen como "cosas-en-sí-mismas", solo posibles de ser actuadas o evacuadas, por lo cual la diferenciación preconciente-inconciente es irrelevante ante la preponderancia e intensidad de la identificación proyectiva.

En cambio el clivaje conciente-inconciente es más decisivamente retomado en el declarado "retorno a Freud" propuesto por Lacan (Lacan, J, 1953 y 1957). A mi entender, es el que más se acerca al Freud de la "primera tópica", aunque extremando en forma radical la "supremacía del significante" y el asociacionismo verbal y desestimando, consecuentemente, la vida emocional (Green, A., 1975). Al respecto, cito a Norberto y Celia Bleichmar (1989, pag. 164): "El inconciente se estructura como el lenguaje y existe porque hay lenguaje o convención significante, como gusta llamarlo Lacan en sentido amplio. El deseo del ser humano se despliega incesantemente de un objeto a otro, siguiendo el camino que le marca el lenguaje con su organización de desplazamiento sintagmático o metonímico".

La insistente referencia al inconciente se hace necesaria en tanto que define la especificidad del psicoanálisis. Sin embargo pueden diferenciarse matices en las definiciones tanto del inconciente como del psicoanálisis. A mi juicio debe reconocerse la diferencia entre el inconciente solidario a la represión, visible en la clínica de las actualmente poco frecuentes psiconeurosis sintomáticas clásicas por una parte, y el inconciente derivado de mecanismos de defensa más primitivos. En cuanto a la definición del psicoanálisis no es lo mismo decir que su objeto de estudio es el inconciente, como es corriente definirlo, que decir que es una forma peculiar de abordaje del hombre envuelto en sus problemáticas humanas (infortu-



nio ordinario (Freud, 1895); abordaje que permite ampliar las explicaciones de su funcionamiento y operar consecuentemente gracias a la hipótesis acerca del inconciente en ambos sentidos. En otros términos: ¿el psicoanálisis busca el conocimiento del inconciente o la hipótesis del inconciente abrió en forma extraordinaria la posibilidad de comprender e influenciar la conducta humana, restituyendo sus partes sustraídas a su conciencia por distintos métodos y razones?

Grupo interno Individuo - Sociedad

Nicolás Espiro (1973) afirma "...los fenómenos de interdependencia [...] ayudan, al ser usados por el teórico e implementados adecuadamente en la práctica (interpretación), al cambio cualitativo de la noción tradicional y alienante de 'individuo' (ser lo que *se es*, encontrar el *verdadero yo*, etc.) ***en beneficio del insight sobre un proceso de personalización continua y creciente cuya condición natural de desarrollo es, justamente la conciencia de la vida colectiva.***" (las itálicas son de N. Espiro).

Esta cita hace explícita la perspectiva desde la cual se postula la noción de grupo interno. De esta manera se puede contrastar con la postura "individuo-céntrica" que desestima la dimensión colectiva. Así como alguna vez en la historia de las concepciones del universo fue decisivo descentralizar la óptica desde el sujeto al contexto, tal como ocurrió cuando la teoría geocéntrica de Ptolomeo cedió su lugar a la teoría heliocéntrica de Copérnico, también puede resultar de utilidad ensayar en forma análoga un desplazamiento conveniente del eje gravitacional desde el individuo en dirección al contexto social que lo contiene. Se trata de invertir la pregunta acerca del origen de los grupos y de la sociedad, visualizados tradicionalmente como mera suma de individuos, en la pregunta de cómo la persona deviene individuo a partir de su inexorable intrincación grupal.

Estos desarrollos de la noción de grupo interno parten de dispersas y escuetas menciones contenidas en la obra escrita de Enrique Pichon-Rivière en el marco de una reformulación amplia de la teoría psicoanalítica de grávida influencia en el pensamiento psicoanalítico local. Esta reformulación consiste en un deslizamiento del psicoanálisis desde una psicología individual a una psicología social como lo explicita la cita de Bleger del principio. Más precisamente, la idea de grupo interno reconoce su ascendiente más inmediato en los aportes de George H. Mead (1927-1930) de la Escuela Sociológica de Chicago, pensador a quien se adjudica una decisiva influencia en la superación del viejo dilema individuo-sociedad (Tarde y Durkheim).



Freud social

Gregorio Klimovsky (1996) escribió “[...], la mayoría de los genes no determinan características sino más bien potencialidades para responder al medio según como éste se presente. Desde un punto de vista psicológico, esto hace que nuestras características dependan de la experiencia y de los eventos y estructuras sociales de las que participamos. No somos Robinson Crusoe aislados, robots totalmente predeterminados. Nuestra herencia interviene sin duda, pero también las vicisitudes de nuestra existencia y de nuestro ambiente tanto natural como social”.

La temática social y cultural, y su relación con el psiquismo humano nunca dejaron de ser un motivo de indagación a lo largo de la vasta obra de Freud. Prueba de ello lo dan sus decisivos y trascendentales trabajos acerca de esta problemática. Desde “Tótem y Tabú” (1912-13) hasta “Inhibición, Síntoma y Angustia” (1926) pasando por “Psicología de las Masas” (1921) destaca con frecuencia la inviabilidad de la *criatura humana aislada* y la significación que para su supervivencia adquiere su *agrupamiento* en organizaciones de variable complejidad y nivel debido a la prematuridad del neonato humano y su desvalimiento biológico ante la desmesura del mundo natural. Con lo cual el *agrupamiento* y la prolongación de la crianza es inherente a la condición humana. El extraordinario desarrollo cultural y la consecuente complejidad psíquica es su corolario.

Sin embargo, a partir de 1920 se produce en el cuerpo teórico freudiano, un vuelco en la dirección de sus concepciones que, si bien es cierto son harto conocidas por todos los estudiosos de la disciplina psicoanalítica, no es igualmente discutida y aceptada su significación y trascendencia. Curioso destino el de Freud que, de riguroso investigador de la ciencia natural a partir de su formación como neurofisiólogo, incursiona en audaces hipótesis en el campo de las ciencias humanas, dotando así a su creación –el psicoanálisis– de la peculiaridad de compartir las exigencias epistemológicas de unas y otras, además de la molesta cualidad de no ajustarse en forma complaciente a éstas. Ése es el sentido que, a mi entender, tiene su revisión de la teoría instintiva, de la constitución del aparato psíquico y de la teoría de la angustia.

En trabajos previos (Arbiser, 1990) me ocupé de la teoría pulsional al referirme al tema de la compulsión de repetición *más acá o más allá* del principio del placer. Enfatizaré ahora, que esta repetición se independiza del objetivo placentero, deja de ser un mero aparato de descarga lineal de pretéritos anhelos pulsionales bloqueados y estancados por acción de la represión para constituirse, en cambio, en la expresión de una compleja organización de patrones repetitivos incorporados durante el proceso del desarrollo evolutivo y que propongo concebir como *un repertorio de vínculos* al que denomino *grupo interno*.

La teoría del aparato psíquico, tomando la *identificación* como eje de su constitución (Freud)³ complementa la concepción previa de sistemas ópticos e



hidráulicos tomados del modelo de la física, para concebir un psiquismo constituido por el *mundo humano circundante*: el superyó conformado por las identificaciones parentales consecuencia del sepultamiento del complejo de Edipo; los rasgos de carácter del yo como sedimento de las identificaciones derivadas de las elecciones de objeto abandonadas (Freud, 1923). En síntesis, se trata ahora de un psiquismo donde habitan objetos en un espacio interno, que reproduce, refractado por sus propias leyes de funcionamiento y por cada historia peculiar del desarrollo, el mundo objetual con el que interactúa. El grupo interno definido como *estructuras vinculares y grupales* en una compleja interacción de influencias recíprocas, se diferencia del aparato psíquico diseñado por Freud (yo, superyó y ello) y del paradigma kleiniano, más afín aun, en tanto que, si bien plantea un psiquismo conformado por relaciones objetuales internalizadas, le faltaría la dimensión colectiva y el enfoque dialéctico. Además convendría diferenciar el “mundo interior” freudiano, del “mundo interno” kleiniano y del “grupo interno” pichoniano. Al mundo interior, Freud (1924, pág. 156) lo define como patrimonio y componente del yo, y conformado por *percepciones actuales* y por el tesoro mnémico de *percepciones anteriores* (itálicas mías). En el mundo interno kleiniano ya no se trata de *percepciones*, sino de *objetos y relaciones de objeto* internalizadas. El grupo interno agrega y se diferencia del kleiniano en que los objetos que habitan nuestra interioridad psíquica tienen una configuración grupal y una dinámica interdependiente con la dinámica de los grupos externos.

Curiosamente, en el terreno de las revisiones que Freud hace a partir de 1920 ocupa un lugar singular la revisión de la teoría de la angustia (Freud, 1926). Como consecuencia de esta revisión el neonato humano deja de ser visualizado únicamente como criatura meramente pulsional para aparecer como un ser prematuro, desvalido y dependiente de su medio: el énfasis se desliza desde la necesidad de descarga de la pulsión a la angustia que conlleva el desvalimiento, tanto ante la intensidad de la misma pulsión como de las inclemencias del mundo natural que solo la presencia protectora del objeto asistente garantiza. La angustia, entonces, de la cual el yo se apropia como “angustia señal” aparece como un imprescindible dispositivo protector indisociable de la supervivencia. Queda atrás por lo tanto la hipótesis de la transposición de la energía libidinal (separada de la representación por acción de la represión) en el afecto angustia y, consecuentemente, la hipótesis que utiliza la metáfora química de la *transformación de vino en vinagre* es reemplazada por el mismo Freud en una *hipótesis vincular*.

Para Freud (1921/1930) la sociedad se explica por la ventaja de la vida comunitaria (“comunidad de trabajo”) solo en una pequeña proporción. Lo primario – insiste – es la presión de la libido que puja para lograr unidades cada vez mayores; y así lo hace entre los seres humanos entre sí, a despecho de las pulsiones agresivas derivadas del instinto de muerte que tienden a la disolución. En cambio, desde la noción de grupo interno que propongo, *lo primario lo constituye la impronta*

sociocultural que acota, organiza y regula –en forma harto imperfecta– los intercambios libidinales y agresivos entre los seres humanos. La sociedad y la cultura, consecuentemente, tienen un lugar decisivo en el proceso de humanización del homo sapiens al amparo de los condicionamientos biológicos propios de la especie: prematuridad, bipedestación (que implica la preeminencia del sentido de la vista sobre el olfato, *represión orgánica*) y el peculiar fenómeno humano de la latencia como un hiato entre la sexualidad infantil y la adulta, nueva moratoria por donde se introduce la cultura.

La primera moratoria es cuando el prematuro bebé humano debe completar su gestación durante la lactancia; y ya, en estos tempranos momentos está sometido a un baño de señales verbales y preverbales portadoras de mensajes que conforman el universo significativo del mundo sociocultural a través de los agentes humanos que lo asisten. De este modo, la mamá que amamanta en la intimidad a su bebé no es un ente aislado, sino que es parte constitutiva de un tejido familiar y social, vive participando en diversos grupos en los cuales ejerce diferentes roles, y ha decodificado en forma particular las señales de los universales de la organización social y de la herencia cultural. El neonato, entonces, no incorpora linealmente en su psiquismo el pecho de la madre aislado en el sentido de memoria perceptiva (mundo interior representacional de S. Freud) o en el sentido objetual (objeto interno de M. Klein). Lo que incorpora y conforma su psiquismo es el *vínculo mamá-bebé atravesado y condicionado por el complejo contexto humano*. Esta afirmación, si se traslada a la situación analítica, es fiel a las enseñanzas de E. Pichon-Rivière cuando planteaba la relación analítica como bicorporal y tripersonal (grupál). Dice Green: “Si ahora pasamos del lado de ese objeto que es la madre, nos *vemos forzados a admitir que un tercero está también presente*. Cuando Winnicott nos dice que ‘*no existe eso que se llama un bebé*’, para referirse al par que él forma con los cuidados maternos, estamos tentados de agregar que no existe semejante par formado por la madre e hijo sin el padre”. Aulagnier P. (1975) atiende y desarrolla con otra terminología, “contrato narcisista”, “proyecto identificador” problemáticas teóricas similares.

La familia y el Edipo

Así como, sin verlo ni olerlo, el aire conforma nuestro vital ambiente, también flotamos en un universo semántico de valores y contenidos de la cultura y de la organización social, que llamamos *universales*. Estos asumen una versión particular para cada grupo y regulan las relaciones entre los diversos estamentos y los individuos entre sí. Uno de los estamentos básicos de la sociedad –la célula elemental– lo constituye el grupo familiar, en quien la misma sociedad delega la tarea de su supervivencia y su continuidad. Es decir, tiene a su cargo la reproducción de los individuos, su crianza y su formación. Cada familia –en términos de una definición muy amplia– está conformada como un grupo en el que conviven en forma

simultánea un número variable de individuos *con roles diferenciados* (en el mejor de los casos) en función de su objetivo; *configurando una organización sustentada por reglas y normas implícitas y explícitas (la ley) que regulan las relaciones inherentes a esa convivencia*. Es en el seno de la vida familiar donde se *aprenden y ejercitan* los fundamentos básicos de los roles sociales, y donde se transmite, se procesa y se reproduce la herencia cultural a través de los canales conductuales, preverbales y verbales de la comunicación.

Pichon-Rivière, (1971, tomo II, pág. 191) dice: "Malinowsky insiste en la imposibilidad de imaginarse cualquier forma de organización social carente de estructura familiar. Ésta constituye la unidad indispensable de toda organización social, a través de la historia del hombre. La familia adquiere esta significación dinámica para la humanidad porque mediante su funcionamiento, provee el marco adecuado para la definición y conservación de las diferencias humanas, dando forma objetiva a los roles distintivos, pero mutuamente vinculados del padre, de la madre y del hijo, que constituyen los roles básicos de todas las culturas".

Así como en el lenguaje, en que puede diferenciarse la estructura innata universal y una multiplicidad de lenguas locales, lo mismo puede distinguirse en el Edipo: su estructura disposicional innata universal para el registro de las diferencias y su realización singularizada en sus infinitas variantes. Disperso en la saga de los pueblos y en la creación literaria, debemos al genio de Freud la introducción de la universalidad del complejo de Edipo en el discurso científico en el contexto de sus decisivos aportes acerca del desarrollo sexual infantil. Complejo cuya resolución, bajo el imperio del complejo de castración, completa la estructuración de las instancias del aparato psíquico y del clivaje entre consciente e inconsciente.

Una reflexión en perspectiva debería encontrar en los oráculos del mito griego el significado de la determinación supraindividual⁴ e inevitable de la trama, por encima de las voluntades individuales de los protagonistas, lo que permitiría vislumbrar en el Edipo la realización de la tendencia de la sociedad y la cultura conducente a su organización a partir de la instauración de *diferencias*; diferencias que conllevan prescripciones. Por lo tanto, tomado en forma global se pueden detectar en el Edipo las líneas elementales y fundamentales de las *diferencias* determinadas por la impronta de la organización familiar y que sustentan las infinitas variantes que se darán posteriormente en la vida social. Estas diferencias son:

- a. especularidad ↔ alteridad
- b. nivelación generacional ↔ brecha generacional
- c. simetría sexual ↔ diferencias de sexos
- d. inmortalidad ↔ mortalidad.

Si bien el *complejo de castración* está referido más específicamente al logro de la diferencia de sexos, abarca a su vez, los demás aspectos del trabajoso y doloroso proceso de *diferenciación*. Este proceso de diferenciación adquiere un sesgo restrictivo y limitante de la *omnipotencia*⁵ propia de la organización narcisista del

desarrollo que, a mi entender, deriva necesariamente de la *impotencia* propia del desvalimiento infantil en particular y del desvalimiento del ser humano en general.

Parecería que la época victoriana en que le tocó vivir a Freud lo llevó a privilegiar más en la construcción de sus teorías el sesgo restrictivo y limitante de la cultura sobre lo pulsional (Freud, 1908-1930) que el aspecto *organizativo y regulatorio* (que incluye asimismo la restricción) del mapa libidinal y de los intercambios sexuales y agresivos entre los seres humanos. En este sentido arriesgo mi impresión personal de que cierto matiz “contestatario” de algunas “culturas psicoanalíticas” partirían de ese malentendido entre organización y regulación por una parte y la restricción autoritaria por la otra.

Edipo y Narciso

Consecuentemente, si se toman las hileras **a., b., c. y d.**, y se dividen en dos columnas en sentido vertical pueden configurarse las dos formas organizativas alternantes y mutuamente necesarias en que la vida humana se desenvuelve normalmente: la organización narcisista cuyo eje es la *omnipotencia* por un lado, y la organización triangular edípica, cuyo eje es la *diferenciación*, por el otro. Conviene aclarar que uso el término *omnipotencia* en un sentido amplio que incluye la omnipotencia constitutiva del narcisismo del desarrollo (Kohut, 1966) en el camino de ida, y que debe diferenciarse en el camino regresivo, de las distintas maneras de defensa narcisista frente a la realidad, que abarca la desmentida (*Verleugnung*) y la desestimación (*Verwerfung*) en la teorización freudiana, y la identificación proyectiva en sus diversas modalidades en los desarrollos teóricos de los kleinianos y post-kleinianos. En cambio la *diferenciación* implica, en términos intrapsíquicos, la represión primaria estructurante que sostiene el clivaje Inc.-Prec.-Cc., concomitante con el perfeccionamiento y funcionamiento del aparato simbólico, que debe contrastarse con la represión patológica que reúne una serie de mecanismos que Freud (1926) describe detalladamente en los seis primeros capítulos de “Inhibición, síntoma y angustia”.

Coincidente con esto Puget, J. y Berenstein, I. (1989, pág.38 y 39) proponen “[...] tres modalidades de contacto con el otro [...]”

- a) “[...] modelo corporal, previo a la palabra y que nunca podrá ser traducido en comunicación hablada” (nivel originario).
- b) “[...] con reconocimiento de la existencia de otro pero su presencia está teñida de lo que el yo desea que el otro sea [...]” (nivel fantasmático)
- c) “[...] nivel de las palabras intercambiadas, paradigma de la comunicación [...]”. (modalidad *ideica* [Aulagnier, P.])

El nivel originario se correspondería con la dimensión ecológica de Pichon Rivière, el fantasmático con la organización narcisista donde la proyección del mundo interno se superpone al objeto real, y la modalidad ideica con la organización triangular edípica donde se establece la dimensión de la alteridad intrapsíquica y por consi-



guiente interpersonal, la proyección se reduce al mínimo, y se produce la mediación del lenguaje hablado.

La latencia

Ya me referí al pasar al fenómeno biológico *exclusivamente humano* de la latencia a la cual Freud adjudica la “herencia del desarrollo hacia la cultura...” (1923, pág. 37). Abarca desde el primer cierre de la conformación psíquica sellada por el sepultamiento del Edipo y su reemplazo por la estructura superyó-ideal del yo hasta la reapertura que implica la crisis puberal. Constituye el hiato por donde se introduce la herencia cultural de milenios en cada generación y en cada sujeto. Coincidente con la escolaridad se comienzan a ejercitar los roles sociales que hasta entonces se ejercían predominantemente en el seno familiar. Si bien la escolaridad no es un fenómeno universal en la historia y en la geografía, la tendencia al desborde del marco familiar primario y la capacidad de aprendizaje constituyen una constante en la latencia. La escuela es ahora el nuevo escenario que se comparte con la vida familiar. En la escuela hay pares que no son los hermanos, maestros que no son los padres. La historia del país y luego del mundo reemplazan las historias, mitos familiares y el folklore más circunscripto. La espacialidad geográfica del hogar se amplía al país, al mundo y al universo. Se adquieren las habilidades intelectuales, especialmente el desarrollo y la sofisticación en la utilización del lenguaje (hablado, leído y escrito).

Es sabido que la relación instinto/aprendizaje va variando a favor del segundo término a medida que se asciende en la escala zoológica; y que el aprendizaje es solidario con el desarrollo cultural. Es así que *la latencia como fenómeno exclusivamente humano tendría gran parte de la responsabilidad de la brecha que nos separa incluso de nuestros parientes biológicos, los animales superiores*. En síntesis, los milenios de la experiencia cultural humana son asimilados en el curso de pocos años de cada generación y la latencia tiene en esta tarea un rol central aunque no exclusivo.

El circuito intrapsíquico e interpersonal

Según Freud, el superyó, estructura *intrapsíquica*, se genera como heredero del complejo de Edipo, estructura de relaciones *interpersonales* decisivas de la infancia. La noción de grupo interno exige extender esta postulación de Freud no solo al superyó sino a todo el psiquismo. Se puede entonces decir que el psiquismo se genera a partir de la incorporación de precocísimas experiencias de vínculos interpersonales *en un contexto grupal global que, a su vez, provee el referente de significaciones que cada vínculo concretamente realiza*. Aunque no es posible discernir la medida en que la dotación biológica protopsicológica (preconcepciones,



fantasías originarias) del bebé participa en estas interacciones precoces, es imposible descartarlas. Puede decirse, entonces, que el neonato humano *no es un ente pasivo ante del discurso ambiental, ni que éste se impone en forma directa unidireccional como un calco*. Más bien cabe conjeturar que se instalan complejos circuitos comunicativos de retroalimentación simétrica y complementaria entre el neonato y sus asistentes. En consecuencia, como resultado identificatorio de esta incorporación, se reproducen en el ámbito intrapsíquico, *un repertorio de estructuras vinculares* incluidas en una dimensión espacial de exquisita significación afectiva, que al ser proyectada a lugares concretos configura lo que Pichon-Rivière denomina *la dimensión ecológica* (la querencia, el pago). Lo que se incorpora entonces a través del complejo proceso identificatorio no son objetos aislados sino *estructuras vinculares* que se definen por un sujeto, un objeto y sus mutuas interrelaciones. De una lectura atenta del texto freudiano sobre el proceso identificatorio en la melancolía y en la homosexualidad (Freud, 1921, cap. VII) se puede inferir que en la primera, una *relación interpersonal* intensamente conflictiva, ambivalente y además narcisista (en cuanto sujeto y objeto están precariamente diferenciados) es internalizada y sus resultados identificatorios son los responsables de la penosa querella interna, sustento de la sufriente sintomatología. En la segunda (Leonardo, Freud, 1910) una *relación interpersonal* exclusiva e intensa del niño con su madre en la niñez, se internaliza primero, y luego se juega en la realidad trastocando los roles sexuales: el sujeto juega el rol materno y busca un partenaire que juegue el rol del niño amado y cuidado que él mismo fue. En el caso de la melancolía puede observarse un tránsito del circuito interpersonal al circuito intrapsíquico. En el caso de la homosexualidad a este paso virtual se agrega otro: una vuelta al circuito interpersonal con el mencionado trastoque de los roles materno filiales que conllevan los sexuales.

Ahora bien, del mismo modo en que Freud nos provee el modelo del tránsito de *inter a intra* a partir de la instalación del superyó, de la melancolía y del primer paso de la homosexualidad (en Leonardo) nos brinda además, el modelo de tránsito opuesto, de *intra a inter*, cuando postula que la neurosis sintomática se transforma en neurosis de transferencia durante la cura analítica. De este modo, la propuesta del psiquismo como grupo interno permite objetivar esta dialéctica incesante entre ambos circuitos –interno y externo– que hace a la vida psíquica, especialmente en esta concepción del hombre inserto en el mundo, donde sujeto y mundo están indisolublemente interrelacionados en un interjuego de determinaciones y condicionamientos mutuos.

Roles

Formular el psicoanálisis en términos de una *psicología vincular* conduce en forma inevitable y sin proponerlo al planteo de la temática de los roles tal cual se da en la vida social. El repertorio de los vínculos intrapsíquicos incorporados a

partir del desarrollo evolutivo se configura como una estructura de roles y sustentará el interjuego de los mismos en la vida social de la realidad externa. En el transcurrir de la vida social el hombre ejerce diversos roles; a veces sucesivos, a veces simultáneos. El rol o papel indica una posición determinada en relación a otras posiciones *interdependientes* en un contexto grupal, y es inherente a la estructura organizativa de los grupos en tanto regula el funcionamiento psicosocial de cada sujeto en relación al otro y al conjunto.

A partir de la observación del funcionamiento de los grupos humanos, se podrían discriminar a grandes rasgos dos tipos de roles: un tipo serían los “roles formales” y un segundo tipo los “roles sentidos”. Los “formales” tienen una sanción que viene del afuera del sujeto, de las convenciones y emblemas de la organización social que los inviste. En cambio, en los “sentidos” la sanción surge de la performance concreta, dependiente de su historia evolutiva singular, en el ejercicio del rol de cada persona que se avala en el consenso grupal.

Se puede ilustrar esta diferencia a través de una novela, “Los cuarenta días de Musa-Degh” de Franz Werfel, que relata la penosa emigración de un pueblo desalojado de su ciudad por el invasor. Previamente a la emigración, en la convivencia ciudadana, las relaciones entre las personas se manejaban por las jerarquías sociales ya establecidas (roles formales); pero a medida que las penosas peripecias del trayecto imponían nuevas condiciones en la existencia, las jerarquías se iban modificando en relación a las aptitudes personales que los individuos presentaban para afrontar y preservar, en cada momento, la supervivencia del conjunto. Surgían de este modo nuevos liderazgos que sancionaban una nueva distribución de roles: en este caso, roles sentidos desplazaban a los formales. Eso además permite comprender que la personalidad no es monolítica, y *que el repertorio de los introyectos indetificatorios se activan o silencian de acuerdo a las necesidades del campo social*. Así, la noción de grupo interno como *estructura abierta* admite sin forzamientos un aparato psíquico en constante reorganización o reordenamiento de sus introyectos en función de la diversidad de circunstancias. Es lo que Pichon Rivière denominaba “*el hombre en situación*”. Por consiguiente, la complejidad de la conducta humana, no puede simplificarse en la oposición excluyente entre un determinismo psíquico y un determinismo social. A los psicoanalistas les interesa básica y operativamente recortar y focalizar sobre el determinismo psíquico (realidad psíquica) dentro de esa complejidad; pero el desconocimiento sistemático y obstinado de las dinámicas sociales puede levantar inútiles resistencias tanto a nivel individual como colectivo. Se pueden reconocer las diversas realidades sociales sin necesidad de que éstas expliquen por sí solas o, peor aun, justifiquen las conductas pasivamente inadaptadas.

En otros términos, los roles, además de señalar una “posición” (roles formales) en la trama colectiva, expresión del eje sincrónico, admiten un “desempeño” (roles sentidos). Este último se define en función de la mayor o menor plasticidad y eficacia con que se ejercitan, expresión, como ya se ha señalado, de la *singula-*

riedad del sujeto y por consiguiente del eje diacrónico, es decir de su propia historia evolutiva. Con la noción de grupo interno, que implica un camino constitutivo que parte de lo colectivo al individuo, la *singularidad* es el valor que mide el grado de diferenciación y de la nitidez del delineamiento de los introyectos identificatorios como resultado evolutivo a partir de la fusión originaria con su grupo de pertenencia (sentimiento oceánico [Freud, 1930]).

He aquí una viñeta del mismo Freud (1939) que ejemplificaría la activación y silenciación de los introyectos identificatorios que constituyen los roles: "Tomemos a la joven que se ha dado a la más decidida oposición frente a su madre, cultiva todas las cualidades que se echan de menos en ésta y evita todo cuanto a ella recuerda. Tenemos derecho a completar, que en años más tempranos, como toda niña, había emprendido la identificación con la madre y ahora se le subleva enérgicamente. *Pero cuando esta muchacha se casa, y ella misma deviene esposa y madre, no hemos de asombrarnos si empieza a volverse cada vez más semejante a su madre enemiga, hasta que al fin se restablece de una manera inequívoca la vencida identificación-madre*". (itálicas mías).

A través de esta sucinta historia puede verse cómo las estructuras identificatorias vinculares "esposa-esposo", "madre-hijo" permanecían latentes hasta el momento en que la necesidad del campo social, el matrimonio en este caso, las actualiza para el ejercicio de esos roles, cuyo *desempeño está prescrito por la singular historia infantil de la joven*.

Enfatizando en otros términos lo que se viene planteando y que puede inferirse de esta viñeta de Freud: concebir al psiquismo como grupo interno plantea una complejización de la concepción de su dinámica. El sujeto no solo es movido desde adentro por sus pulsiones, sino que, sin desconocer el motor de la "necesidad" como fundamento, las fuerzas del mundo social intervienen *decisivamente* en su conducta en consonancia al interjuego de solicitaciones, adjudicaciones y asunciones de roles. De esta forma se articulan la dimensión grupal, interpersonal e intrapsíquica⁶. La "solicitud" alude a la necesidad del cumplimiento de determinados roles del campo social (exigencia de la situación), la "adjudicación" se refiere a la puja interpersonal en la distribución de los roles, y la "asunción" a las condiciones singulares (series disposicionales) para acceder a ese rol en cada momento y para cada situación determinados. Entendida la coexistencia ontológica indisociable de estas dimensiones en una totalidad, corresponde a cada disciplina su recorte metodológico de abordaje: la sociología apuntará a los fenómenos colectivos, lo interpersonal corresponde a los estudiosos de los vínculos y lo interpersonal intrapsíquico a los psicoanalistas. Esta manera de concebir la dinámica que "mueve" al hombre permite tomar distancia de la polarización, ya enunciada, entre "culturalistas" (K. Horney, Harry Stack Sullivan o Erich Fromm) e "instintivistas" en sus variados matices.

Habida cuenta de la concepción del psiquismo como estructura abierta, Pichon-Rivière propone dos posibles resultados de esta dinámica entre el individuo y su

entorno social correlativos a la patología por una parte y la salud o normalidad por la otra; dos tipos de adaptación: “*pasiva*” y “*activa*”. La adaptación *pasiva* a la realidad implica una preponderancia de las fuerzas del entorno sobre el sujeto que conllevan la indiferenciación y mimetización con tal entorno. Por el contrario, la adaptación “*activa*” a la realidad define un intercambio entre dos estructuras discriminadas en un proceso de recreación mutuamente condicionado: el sujeto se *transforma* al *transformar* la realidad. Freud (1924) se expide de modo similar cuando habla de conducta *aloplástica* (pág. 195).

Los resultados de la teorización pueden variar de acuerdo al punto de partida: si se parte del individuo o si se parte del grupo. En el primer caso se hace necesario postular la hipótesis de una fuerza, Eros, que tiende a lograr unidades cada vez mayores a partir del individuo; se trataría de una simple adición. En el caso opuesto, el sujeto es un “*emergente*” y el “*portavoz*” de sus grupos de pertenencia; y éstos, a su vez, constituyen versiones particulares y diversas de la organización social y de los contenidos de la herencia cultural en el nivel más general. El sujeto, que en principio participa de los rasgos comunes de sus distintos grupos de pertenencia, en su evolución tiende a una mayor discriminación y diferenciación de dichos grupos; y en la medida en que esto se perfeccione, su identidad, expresión del alcance de su estructura identificatoria, logrará un mayor grado de singularidad, una definición propia de sus rasgos que le permitirá un vínculo articulado y no mimético con los demás y con el conjunto, una lectura de la realidad más objetiva y una consecuente eficiencia en su operatividad. En el caso en que ese logro sea magro, su identidad se confundirá con los rasgos comunes de la identidad grupal y sus vínculos con el grupo serán más difusos o aglutinados (sincréticos), en detrimento de la lectura de la realidad y de la eficacia operativa. Estas opciones son los extremos esquemáticos de una gran diversidad de configuraciones en que se despliegan las estructuras identificatorias constitutivas del grupo interno.

Resumen

Proponiendo un punto de partida donde se diferencia el *psicoanálisis del vínculo* de la *perspectiva vincular del psicoanálisis*, la noción pichoniana, poco frecuentada y menos conocida, de *grupo interno* aparece como la pieza teórica que más se ajustaría a la última de esas perspectivas. Implica una reformulación de la concepción del hombre en su relación con la sociedad y la cultura, y consecuentemente plantea un cambio de énfasis de las teorizaciones clásicas. En última instancia, se considera al psiquismo, por lo menos el tributario del psicoanálisis, como la resultante del encuentro entre lo disposicional biológico y la impronta socio-cultural mediada a través de los grupos humanos inmediatos. De ahí, más que visualizar el “conflicto” en términos de oposición entre pulsión y cultura, se visualizan como conflictos derivados de la vida del hombre en la cultura.

El grupo interno es una manera de visualizar y conceptualizar –en un sentido funcional– el psiquismo humano en términos de un repertorio de estructuras vinculares organizadas en una unidad que las coherentiza (en el mejor de los casos). Estas estructuras vinculares, están en permanente intercambio de retroalimentación con las estructuras vinculares del mundo externo circundante presente. Fueron incorporadas durante el desarrollo evolutivo y reproducen refractado en el mundo interno el mundo social y cultural propio de cada sujeto. La infinita variedad de historias personales determina la “singularidad” con que cada sujeto decodifica y procesa las universales sociales y la herencia cultural.

Bibliografía

- Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación*, Amorrortu, Buenos Aires, 1977.
- Arbiser, S. (1973). Esquemas de psicoterapia con grupos. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*.
- (1978). Un modelo de psicoterapia grupal. Los aportes de Pichon-Rivière. *Revista Argentina de Psicoanálisis*, nº 4, Buenos Aires, 1978.
- (1984). Psicoterapia centrada en la tarea grupal. *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, nº 9, Buenos Aires, 1984.
- (1988). Diálogo analítico, grupo interno y complementariedad estilística. *Psicoanálisis*, X, 1, 1988.
- (1990). Cambio psíquico y cambio en el enfoque de la psicopatología. XII Simposio y Congreso Interno “Cambio Psíquico”, APdeBA, Buenos Aires, 1990. También en *Revista Psicoanalítica de Madrid*, nº 18, 1993.
- Berenstein, I. (1990). *Psicoanalizar una familia*. Buenos Aires, Paidós.
- Berenstein, I., Puget, J. (1997) *Lo vincular*. Buenos Aires, Paidós.
- Bleichmar, N., Bleichmar, Celia L. de (1989) *El psicoanálisis después de Freud, Teoría y clínica*, Eleia editores.
- Bleger, J. (1963). *Psicología de la conducta*. Buenos Aires, Eudeba.
- Espiro, N. (1971). La psicoterapia con pequeños grupos y sus modelos. *Rev. Fisiopat. y Terapia Clínica*, nº 5.
- (1973). El lugar de la teoría psicoanalítica en la psicoterapia con pequeños grupos. Un modelo de grupo como unidad de producción. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 19, 362, 1973.
- Freud, S. (1893). Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas. *A.E.*, I.
- (1908). La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna. *A.E.*, IX.
- (1910). Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci. *A.E.*, XI.
- (1912-1913). Tótem y tabú. *A.E.*, XIII.
- (1914). Introducción del narcisismo. *A.E.*, XIV.
- (1916/7). Introducción al Psicoanálisis. *A.E.*, XV.
- (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. *A.E.*, XVIII.
- (1923). El yo y el ello. *A.E.*, XIX.
- (1924a). Neurosis y psicosis. *A.E.*, XIX.



- (1924b). La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis. *A.E.*, XIX.
- (1927). El porvenir de una ilusión. *A.E.*, XXI.
- (1930). El malestar en la cultura. *A.E.*, XXI.
- (1939). Moisés y la religión monoteísta. *A.E.*, XXIII.
- Green, A. (1989). *La concepción psicoanalítica del afecto*. Siglo XXI editores.
- Green, A. (1990). *De locuras privadas*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Klimovsky, Gregorio (1996). "Los límites de la libertad", *Diario Clarín*, segunda sección, pág. 11, Domingo 14 de Julio de 1996.
- Kohut, H. (1966). Formas y transformaciones del narcisismo. *Rev. de Psicoanálisis*, nº 2, 1969.
- Lacan J. (1953). Función y campo de la palabra y del lenguaje. *Escritos*. Siglo XXI editores S.A.
- (1957). La instancia de la letra en el inconciente o la razón desde Freud. *Escritos*. Siglo XXI editores S.A.
- Liberman, D. (1971). *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Liberman D. (1976) *Comunicación y Psicoanálisis*. Buenos Aires, Alex Editor.
- Mead, H.G. (1927-1930). *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Pichon-Rivière, E. (1971). *Del psicoanálisis a la psicología social*. Galerna, Buenos Aires.
- Puget, J., Berenstein, I. (1989). *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Buenos Aires, Paidós.

NOTAS

¹ Versión modificada (1998) de los trabajos "Una propuesta de cambio en la concepción del psiquismo: el grupo interno", presentado en el Simposium de APdeBA (1991) y del publicado en la Revista Latinoamericana de Psicoanálisis Nº 2 (en diskette).

² David Liberman (1976, pág. 21) lo expresa de la siguiente manera en esta cita referida al análisis: "...se toma la sesión psicoanalítica como un proceso de interacción en el cual **el comportamiento de uno de los miembros de la pareja (analítica) determina la respuesta del otro y viceversa**" (resaltado mío).

³ (1921, Cap. VII y XI)

⁴ En pocas oportunidades Freud se expide tan claramente en el sentido de este trabajo, que visualiza a los padres como intermediarios **del mandato social**, como en las siguientes citas: "*La hija encuentra en la madre la autoridad que cercena su voluntad y la persona a quien se ha confiado la misión de imponerle esa renuncia a la libertad sexual que la sociedad demanda*"..." *Para el hijo el padre encarna toda la coacción social, que soporta a disgusto*" (pág. 188, Tomo XV) (Resaltado mío).

⁵ Con este término se alude al denominador común derivado del desvalimiento (impotencia) propio de la especie. Incluye la idealización en tanto investidura libidinal, la omnisciencia y la completud.

⁶ Mientras en este modelo se enfatiza la articulación entre lo colectivo, lo interpersonal y lo intrapsíquico, Berenstein y Puget diferencian la "relación de objeto" intraterritorial del "vínculo" con otro.